

El Eco de Cartagena.

ANO XXX.—NUM. 8606

DIARIO DE LA NOCHE.

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Viernes 4 de Julio de 1890.

REVISTA DE LA MODA.

Vamos á ocuparnos amables lectoras, en primer lugar de las galas para la playa ó el campo ya que la anticipación del calor obliga á las familias á precipitar sus viajes, dejando las comodidades de su hogar.

Con objeto de ofrecer los modelos más nuevos y de mejor gusto, hemos visitado los mejores establecimientos de modas, encontrando verdaderas maravillas artísticas. Entre ellas merece predilección un elegantísimo cubrepolvo, ante cuya ligera descripción tememos borrar sus encantadores perfites. Es de alpaca *biscuit* y bordados en forma de guirnalda. El delantero es de una sola pieza: liso en la parte superior del talle, formando el cuello un ancho galón bordado; otro algo más estrecho recoge en graciosos pliegues la cintura, en forma de cotilla redondo; grandes mangas, partiendo desde los hombros, caen rectas hasta casi la extremidad de la falda, de donde siguen en airoso sesgo hasta tocar en el suelo, formando gran pelerina guarnecida del mismo bordado que el cinturón. Este adorno rodea la falda, trazada por anchos pliegues ceñidos al talle. Como complemento á tan encantador atavío, recomendamos capota de tul bordado y rizado *ofelia*, brindas de encaje, sombrilla listada *biscuit* y color paja, como el bordado del cubrepolvo, guantes de piel de Suecia.

Como trajes para paseo, en el campo ó por la playa citaremos uno de foulard pompadour, celeste claro, salpicado de florecillas blancas, falda plegada, abierta, sobre un alto y fino tableado de la misma tela, sin ramos; una franja bordada adorna el delantero; chaquetilla abierta sobre chaleco tableado como el delantero, cuello Robespierre, manga alta, sombrero de paja con adornos de crespón blanco formando conch y rizadas.

Sombrilla foulard Pompadour.

Otro no menos cómodo que elegante, de escocesa *beige*, rosa y verde, con estrechas listas de seda color oro; falda escocesa formando abanico detrás bajo una túnica de *crepelina* verde; el cuerpo abierto en forma de corazón hasta el talle, delante y detrás, dejando ver el interior de escocesa unido á los delanteros por un galón de azabache; mangas con altas hombreras, cuello recto. Sombrero de paja oscura, con altas guarniciones de plumas negras y lazo con cinta color de oro.

Las confecciones para baños, son tan variadas como elegantes. Citaremos al azar, algunas de las muchas que hemos visto: Uno está formado con telas diferentes: falda de jerga de lana blanca, tableada todo alrededor; cuerpo blusa de jerga de lana, gris fundido, abierta sobre un chaleco guarnecido de galones blancos; mangas cortas, bullonadas en jerga blanca, lazos flotantes, de anchos galones blancos, ceñen la blusa. Otro es de la misma tela, color fuego, pantalón sujeto á la rodilla por un galón de lana blanco, blusa abierta, con solapa de lana blanca; mangas cortas, con puños de galón del mismo color. Materiales: un metro cincuenta, jerga.

Gorra de tela impermeable, color de oro, con galón de lana encarnado rojo, muy plegado alrededor de la gorra y formando una escarapela en el lado izquierdo. Para señoras de mayor edad, recomendamos blusa larga, color azul marino, sujeta al talle por un cinturón de lana blanca; cabos flotantes; el delantero, abierto hasta la cintura, sobre un chaleco, guarnecido de estrechos galones blancos, bajando en disminución hasta el talle; mangas bullonadas y cortas.

Como salidas de baños, podemos citar dos modelos, uno sencillísimo, de tela esponjada blanca de un solo pedazo, fruncido en la parte superior, bajo un gran cuello á la marinera; manga ancha, con vuelta de la misma tela, adornada con galón rojo, como el cuello y la parte inferior de la falda á cuyos lados lleva dos áncoras bordadas en color rojo, como el cordón del cuello y el que ceñiendo el talle cae en dobles lazadas hasta casi la extremidad del abrigo. El otro, es un elegante modelo, en franela rayada, gris y malva; canesú y cuello, de franela malva, mangas anchas y largas, con vueltas de franela malva; el abrigo bata, está ceñido por un ancho cinturón malva, pasando alternativamente por cima y debajo de las tablas, que forman el delantero; el cinturón va cerrado por una larga hebilla de plata antigua. Materiales: nueve metros franela rayada, un metro franela malva.

Terminaremos esta nomenclatura de novedades, con una pequeña serie de medias de verano, que alternarán con las negras. Para la playa y el campo, la media de hilo de Escocia, bordada de florecillas serán muy elegantes, con los trajes sencillos y frescos de céfiro y batista. Para jovencitas la media escocesa se armoniza con los gentiles trajes. La media bordada en seda de todos colores, completa maravillosamente todos los trajes elegantes de señoras y señoritas.

Baronesa de Clessy.

París 26 de Junio de 1890.

LA LAMPARA MARSAUT.

Que el mundo fue, es y será siempre ingrato con los inventores, es cosa vieja de puro sabida. Entre las víctimas de esta eterna ingratitud; figura en primera línea un físico que, á pesar de ser poco conocido y celebrado, ha ofrecido á la industria una excelente y en especial muy humanitaria invención: se trata de la lámpara Marsaut.

Debido á los grandes y repetidos chascos que ha dado la lámpara de Davy, los mineros que son algo prácticos, tienen en la misma escasa, confianza. Gran número de explosiones, y particularmente la desastrosa que ocurrió hace pocos años en las minas de carbón de Altham, en Inglaterra, se atribuyen á la ignición de los gases á través de la gasa ó tela metálica de la lámpara Davy, hasta ahora tan en boga.

La frecuencia con que se repiten las explosiones en los pozos y galerías de las minas han inducido al Inspector general de Minas de la Gran Bretaña, Dickinson, á desterrar las viejas lámparas Davy substituyéndolas por la inventada recientemente por Marsaut, cuyos resultados demuestran su gran superioridad sobre aquella.

Tan claramente se ha demostrado, además,

su ventaja en la práctica, que en las minas de Lancashire funcionan ya satisfactoriamente 19.000 de estas lámparas de seguridad, ó sea las dos terceras partes del número total de las que existen en aquel distrito, uno de los más mineros de Inglaterra.

Parece, sin embargo, que, á pesar de haber dotado Mr. Marsaut á la industria minera de un aparato tan útil y humanitario, esta es la hora en que nadie se ha acordado todavía de él premiándole con la más pequeña recompensa.

Variedades.

LA TIENDA DEL COJO.

Avanzaban los carlistas mandados por el tigre del Maestrazgo, su caudillo si más valeroso, el más cruel y sanguinario.

Entre los suyos el prestigio de Cabrera era tan grande como llegó á serlo durante aquella sangrienta lucha intestina el del general León, sordo al estruendo de las descargas y atento á los deberes de humanidad, al revés del caudillo carlista que más de una vez tembló al escuchar el silbido de las balas, y luego no se compadecía de los pobres prisioneros á quienes fusilaba sin piedad.

La acción estaba empeñada desde hacía tres horas, temiéndose que la suerte fuera adversa para las armas liberales.

Abusaba el enemigo de su superioridad de fuerzas.

Las tropas de la reina, como entonces llamaban á los soldados de la libertad, eran bisoñas, y además tenían escasas municiones. Los pobres reclutas, mandados por un militar ilustre á quien Narvaez fusiló más tarde, hacían esfuerzos sobrehumanos para defender la difícil posición que ocupaban.

No había medio de resistir más tiempo; el enemigo avanzaba resueltamente, verificando un movimiento envolvente.

Por fortuna no tenía caballería para que el ataque fuera en su provecho más desastroso. No les quedaba á los liberales otro recurso que apalar á la fuga, poniendo en práctica el sálvese quien pueda, ó morir matando hasta quemar el último cartucho, en cuyo caso los sobrevivientes no podrían abrigar la menor esperanza acerca de la triste suerte que les aguardara.

Cabrera no daba cuartel. Era inútil esperar compasión de sus sentimientos de ferocidad; exacerbado su odio á los liberales desde la muerte de su madre, cuyo trágico fin quiso que le sirviera de disculpa cuando se le acusaba por sus crueldades.

Era hombre que conservaba su ánimo imperturbable, ante el triste espectáculo ofrecido por los fusilamientos en masa, que disponía siempre que sus huérfanos lograban coger vivos algunos centenares de reclutas que en el fragor de los combates caían en poder del enemigo.

La fiera no se saciaba de sangre.

Lástima grande que, para mayor baldón de España, hubiera más adelante un gobierno liberal que le reconociera sus grados, títulos, honores y empleos.

Cuando la situación era más difícil, un soldado andaluz, el cabo Gutiérrez, natural de Antequera, tuvo una idea magnífica, al par que sencilla.

Su inspiración debía salvar á aquel puñado de valientes, librando de la humillación que produce la derrota el pequeño ejército.

De acuerdo con veinte ó treinta de sus compañeros, animosos andaluces, se separó del cuerpo donde se libraba la batalla, y buscando una escondida vereda que daba la vuelta al monte inmediato por la más cercana ladera,

buscó al enemigo por donde nadie había pensado, y atacándole por el flanco izquierdo produjo en las filas de los carlistas el efecto de lo inesperado.

Lo que menos pensaron era que aquellos esforzados combatientes apelaban á un ardid.

Creyeron, por el contrario, que llegaba por aquel lado una numerosa columna de refuerzo, y temiendo ser cogidos entre dos fuegos, el espanto se apoderó bien pronto de las compañías que en aquel instante iniciaban el movimiento envolvente.

Retrocedieron á paso de carga, primero, para huir después á la desbandada, por temor á quedar prisioneros, y esta vergonzosa y precipitada fuga originó la confusión en todo el campamento.

El cabo Gutiérrez era estratégico á su manera.

Si conforme carecía de instrucción, ignorando hasta los rudimentos de la primera enseñanza, hubiera podido ultimar su talento natural, habría ido muy lejos.

Más de una vez el capitán de su compañía, hombre rudo si los hay, le había dicho á guisa de elogio, poco frecuente en sus labios, que era un diamante en bruto.

Por desgracia para el tosco soldado andaluz la corteza no le fué abrillantada.

El diamante quedó en bruto toda su vida.

Cuando los carlistas enseñaron la espalda más que de prisa, se supo á qué circunstancia era debido el milagro.

Corrieron los vencedores por la ladera á buscar al héroe de la victoria y lo encontraron revolcándose en su sangre; pero sin dar un grito, demostrando que era de carácter resignado.

Una bala le había roto la pierna derecha.

El cirujano declaró que con cortársela en seguida desaparecía todo peligro. Y de este modo, al cabo de poco tiempo, el cabo Gutiérrez se encontró cojo, con la licencia absoluta y con una cruz pensionada con diez reales al mes.

Pidiendo limosna pudo este inválido llegar al pueblo de su naturaleza, cubierto de gloria y de miseria, cosa que les sucede con lamentable frecuencia á los héroes anónimos, á los hijos del pueblo que por su valor ó su inteligencia se distinguen. Como pertenecen al monton, caen muy pronto en la fosa común del olvido.

Un pariente se compadeció de su desgracia y le dió hasta diez ó doce duros para que se estableciera por su cuenta.

En un portal húmedo y oscuro, que más parecía una cueva de ladrones, puso Gutiérrez una tienda tan bien surtida, que se asemejaba por su ruindad y pobreza á la famosa venta del cuento.

Allí había de todo... lo que el parroquiano llevase.

Una caja ó envase grande de picadura le servía de mostrador.

Y un pequeño estante, casi vacío, decoraba el establecimiento, dejando á trozos ver las paredes manchadas por la acción del polvo y el tiempo.

Fuera de esto no había en el portal otro adorno que el encaje de tonos oscuros fabricados por la araña en su labor cotidiana. A veces dicha tela se pegaba á los crespos cabellos de Gutiérrez, dándole un aspecto igual al de su tienda.

En poco tiempo llegó ésta á ser famosa. Cuando los parroquianos que al principio acudieron, atraídos por la novedad, pedían aceite al pobre cojo, contestaba que no tenía